

favor del prójimo. El santo obispo hacia frecuentes visitas pastorales, instruía á los ignorantes, fundaba parroquias, y se esforzaba en mantener al clero en la regularidad, practicando todos los demas deberes del episcopado. Pobre, sóbrio, mortificado, austero para sí mismo, era estremadamente benigno para con los demas y particularmente caritativo para con los pobres. Durante una carestia que afligió á Nápoles en 1764, vendió todo cuanto tenia y distribuyó su producto á los pobres.

Despues de varios años de episcopado, Ligorio, alegando lo debilitado de su salud, solicitó de Clemente XIV el permiso de renunciar su sede; pero el Papa no se lo quiso conceder.

Clemente XIV, que de esta manera conservaba en la iglesia de Santa Agueda de los Godos un prelado tan á propósito para edificarla, dió un golpe sensible al bienaventurado Alfonso con el breve de supresion de la Compañía de Jesus. «¡Pobre Papa! exclamó cierto dia exhalando un profundo suspiro; ¿qué podía hacer en las críticas circunstancias en que se hallaba, instándole de concierto todos los monarcas á que tomara esa medida? Por lo que á nosotros toca, debemos adorar en secreto los inescrutables juicios de Dios y permanecer tranquilos; pues en verdad os digo, que aunque para lo sucesivo no queda se mas que un solo jesuita, este bastaria para que la Compañía de Jesus volviera á ser establecida (1).» No sabemos como pensará el lector de estas palabras; nosotros nos vemos casi dispuestos á reconocer una especie de inspiracion en estas últimas palabras que leemos en los mismos términos en unas Memorias impresas en una época ya lejana en que ciertamente no podia tratarse del restablecimiento de los jesuitas.

«Rogad por el Papa, escribia el santo

(1) El abate Jeancard, *Vida del B. Alfonso Maria de Ligorio*, p. 320-328.

obispo; aseguran que se halla abrumado de tristeza; y en efecto, no se ve brillar indicio alguno de paz para la Iglesia. Rogad por el Papa, Dios sabe cuanto compadezco su afliccion.» «No ceséis, decia en otra carta, de orar por el Pontífice, como yo trato de hacerlo por mi parte: la vida le ha venido á ser una enojosa carga al ver las contrariedades que se suscitan contra la Santa Iglesia: las cosas van de mal en peor; monseñor Rosseti, que acaba de llegar de Roma, me asegura que el Papa está abrumado: no goza un momento de salud ni da audiencia casi á nadie, de modo que todos los asuntos están paralizados. Mucho le dan que sufrir las pretensiones de las coronas, y sobre todo, lo que pasa respecto á Venecia... Esperamos que Dios le conservará para el año santo del jubileo... Por mi parte no ceso de esclamar; ¡Pobre Papa! ¡tan lleno de aflicciones por todas partes! y ruego sin cesar por él, á fin de que el Señor le conceda su proteccion.» En otras tres cartas del Santo encontramos que vuelve á repetir con espresivo interés su piadosa y filial inquietud por las penas y disgustos del desgraciado Pontífice. El cielo, movido de tanta desolacion por una parte, y de tan bellos sentimientos y tan endurecidas súplicas por otra, hizo brillar su misericordia en los últimos momentos de Clemente XIV con un prodigio tan consolador en sí mismo, como interesante para la memoria de este Papa.

En la mañana del 21 de setiembre de 1774, Alfonso, despues de haber celebrado misa, se dejó caer sobre su silla: estaba al parecer abatido, y sin pronunciar una sola palabra, sin hacer el menor movimiento, permaneció en este estado todo el dia y toda la noche siguiente. Durante todo este tiempo, no tomó ningun alimento, ni dió la menor señal de desear la asistencia de nadie cerca de su persona. Los criados, que no habian tardado en apercibirse de aquella situacion, permanecian silenciosos sin atreverse á entrar en la estancia. El 22 por

la mañana vieron que Alfonso no habia cambiado aun de postura, y no sabian qué pensar, llegando á temer que fuese algo mas que un éxtasis prolongado. Sin embargo, de allí á un buen rato, Ligorio tocó la campanilla, anunciando que iba á celebrar misa. A esta señal, no solo el hermano lego que solia ayudársela, sino todas las personas de la casa y otras forasteras, entraron apresuradamente: el prelado preguntó como admirándose, á qué fin entraba tanta gente: respondieronle que hacia dos dias que no hablaba ni daba señal alguna de vida. «Cierto es, replicó; pero vosotros no sabéis que he estado asistiendo al Papa que acaba de morir.» Una persona que habia oido esta respuesta, la llevó aquel mismo dia á Santa Agueda, donde se divulgó tan pronto como en Arienzo, que era el lugar donde residia Alfonso. Al pronto creyeron que acaso no seria mas que efecto de un sueño; pero no tardó en llegar de Roma la noticia de la muerte de Clemente XIV, que habia fallecido el 22 de setiembre, precisamente á las siete de la mañana, en el mismo momento en que Ligorio habia recobrado el uso de los sentidos. El historiador de los Papas, Novaes (1), hace mencion de este milagro al referir la muerte de Clemente XIV. Dice que el Papa «habia dejado de vivir el 22 de setiembre de 1774 á las siete de la mañana (hora trece segun el modo de contar de los italianos), asistido de los generales de los agustinos, dominicos, observantes y conventuales; pero lo que en extremo llamaba la atencion era, que tambien habia sido auxiliado milagrosamente por el bienaventurado Alfonso de Ligorio, aunque en realidad se hallaba distante de aquel sitio con el cuerpo, segun consta por las diligencias judiciales instruidas sobre este bienaventurado, aprobadas por la sagrada congregacion de ritos.»

(1) T. 13, pág. 210.

La alta reputacion de virtud con que el Señor favorecia á este santo obispo, le daba la mayor autoridad por todas partes, haciendo que se respetase en él una sabiduria inspirada por el espíritu de Dios que le animaba. Esta confianza general en su opinion se hacia notar particularmente entre los individuos del cuerpo episcopal y del Sacro Colegio. Esto fué lo que indujo al cardinal Castelli, que personalmente daba un extraordinario valor á la opinion del siervo de Dios, á pedirle una carta sobre los abusos que habia que reformar en todos los órdenes de la gerarquía eclesiástica. Esta carta debia ser leida en el cónclave, á fin de determinar la eleccion de un Papa capaz de remediar todos los males de la Iglesia. Alfonso se vió á la vez tan asustado como confundido con semejante peticion; mas no queriendo negarse á los deseos de un cardenal tan piadoso, á quien profesaba singular aprecio, ni dejar de contribuir en algun modo á un bien tan considerable como aquel de que se trataba, se decidió á escribir en estos términos, despues de haberse por largo tiempo encomendado á Dios.

«Me preguntais, querido amigo y dueño, mi opinion acerca de los actuales asuntos de la Iglesia y sobre la eleccion de Papa; pero ¿qué puede valer la opinion de un hombre tan miserable como yo? Quanto puedo decir os se reduce á que es necesario orar y orar mucho, porque en la confusion y desorden en que generalmente han caido todas las clases, de poco peso son la prudencia ni la sabiduria humanas para reponer todas las cosas en su verdadero y legitimo estado: solo el brazo del Omnipotente es el que puede hacerlo. Entre los pastores, bien puede decirse que son los menos los que tienen un verdadero celo por la salvacion de las almas. Las comunidades religiosas están todas mas ó menos relajadas, y nótese que existe muy poca observancia regular y muy poca obediencia. No es menos deplorable la situacion del clero

» secular: todo pide una reforma general en los eclesiásticos, á fin de que pueda corregirse la gran corrupcion de costumbres que reina en los legos. Por lo tanto, es necesario pedir á Nuestro Señor dé á su Iglesia un gefe que tenga algo mas que la prudencia y el saber de los hombres; pues es preciso que esté lleno del espíritu de Dios y de gran celo por su gloria; que esté absolutamente libre de todo humano compromiso y sea incapaz de obrar por consideraciones humanas. Si por desgracia llegásemos á tener un Pontífice cuya consideracion no fuese esclusivamente la gloria de Dios, el cielo no le asistiría, y nosotros iríamos caminando de mal en peor.

» La oracion es el poderoso recurso para remediar tamaños males. Por mi parte no solo he impuesto á toda mi pequeña sociedad la obligacion de orar con mas fervor que nunca por la eleccion del nuevo Pontífice, sino que he mandado á todo el clero secular y regular de mi diócesis, decir en la misa la colecta *pro eligendo summo Pontifice*. He aquí, pues, la mejor opinion que puedo tener y el consejo mejor que os puedo dar en los presentes asuntos. Yo mismo me dedico á la oracion varias veces al dia; pero ¿qué pueden mis débiles plegarias? Toda mi confianza está en los méritos de Jesucristo y de la Santísima Virgen María, de quien espero que antes de mi muerte (que segun mi edad y achaques no debe estar muy distante), me será dado ver consolada la Iglesia.... Yo tambien deseo, asi como V. Emma, ver la reforma de todos los presentes desórdenes; y sobre este particular me ocurren mil pensamientos que me atreveria á publicar, si mi propia miseria no me advirtiese que no me compete meterme á reformar el mundo entero. Desearia que el Papa futuro (supuesto que hoy faltan gran número de cardenales), no eligiese mas que sugetos igualmente dignos por su doctrina y por su celo, y que al dar cuenta de su exaltacion á todos los prin-

cipes, les insinuase que nunca le presentaran para el cardenalato sino hombres de una piedad y doctrina muy notorias.

» Desearia que usase de firmeza en no conferir beneficios á los que están ya suficientemente provistos de otros, segun el decoro que exige su estado; que impidiese el lujo de los eclesiásticos, y que procurase no dar nunca beneficios mas que á los que han servido á la Iglesia, y no á personas que carecen de méritos.....

» Desearia que fuese muy severo en la eleccion de obispos, y que mandase tomar previamente exactos informes acerca de su vida, doctrina y capacidad para gobernar una diócesis; pues de los primeros pastores es de quien depende principalmente el bien de la Religion y la salvacion de las almas...

» Desearia tambien que el futuro Pontífice tuviese mucha reserva en conceder ciertas gracias que perjudican á la conservacion de la disciplina, como permitir á las religiosas salir de sus conventos para ir á ver ciertos objetos de curiosidad en el siglo; que no conceda, sino con mucha dificultad, secularizacion á los religiosos á causa de los mil inconvenientes que trae consigo; y por último, que reduzca á todos los religiosos á la primitiva observancia de las principales reglas de su instituto.

» Parece haber dicho lo bastante para molestar vuestra atencion, y ya no me resta mas que rogar á Dios para que nos dé un pastor lleno de su espíritu.»

Justas consideraciones de delicadeza nos imponen el deber de no citar mas que una parte de esta carta tan notable; mas lo que acabamos de copiar basta para dar una idea de este precioso monumento del celo del santo obispo, que se atrevió á proponer una reforma tan general, descubriendo con tanto valor todas las lagas de la Iglesia para las cuales indicaba al mismo tiempo el remedio.

Clemente XIV proclamó la santidad de va-

rios venerables personajes: por una parte beatificó el 13 de mayo de 1772 á Pablo Burali, clérigo reglar teatino y cardenal, llamado de Arezzo, por haber nacido en esta ciudad, en el reino de Nápoles; y por otra, caonizó á Francisco Carracciolo, fundador de los clérigos reglares menores.

El mismo Pontífice en doce promociones creó diez y siete cardenales. Hemos hablado ya de un hermano del marqués de Pombal, que murió en Lisboa algunos dias antes de su nombramiento. Citaremos tambien á Mario Marefoschi, á quien el Papa honra con su

confianza: Juan Bautista Rezzonico, sobrino de Clemente XIII, á cuya familia devolvió con este nombramiento, segun costumbre, el capelo que de ella habia recibido; Carlos Antonio de La Roche-Aymon, arzobispo de Reims, limosnero mayor de Francia, ministro de Estado, que murió en 1777; Leopoldo Ernesto de Firmian; y Juan Angel Braschi, cuya elevacion al soberano pontificado debió dar á conocer á Alfonso de Ligorio que el Señor realizaba sus deseos, dando á la Iglesia un Papa dispuesto á remediar todos los desórdenes y á procurar todo el bien posible.

LIBRO DÉCIMO.

(NONAGÉSIMO QUINTO.)

Desde la muerte de Clemente XIV en 1774, hasta la de los principales gefes de la filosofía (1778.)

DESDE la estirpacion del arrianismo y la estincion de las guerras civiles suscitadas por la supuesta reforma de Lutero y de Calvino, la Europa cristiana gozaba, no obstante la revolucion del jansenismo, del triunfo de una Religion robustecida por las contrariedades, y que parecia tomar nuevo esplendor por el brillo de los grandes talentos que la habian defendido y de los insignes Pontífices que gobernaban la Iglesia (1). Pero un nuevo sistema de impiedad,

nacido de la corrupcion de las costumbres y del orgullo de la falsa sabiduria, despues de haber fermentado sordamente desde principios del siglo XVIII en ciertas clases de la sociedad, fué cundiendo poco á poco de una á otra, á favor del desenfreno general que siguió al desbordamiento del lujo y del libertinaje desde el tiempo de la regencia. Bien pronto á mediados del mismo siglo, este sistema de ateismo, cubriendo por de pronto sus asquerosas facciones con una máscara menos horrible, se presentó con confianza adornado con el grato nombre de tolerancia y de humani-

(1) *Historia civil, politica y religiosa de Pio VI. escrita sobre Memorias auténticas, por un francés católico romano, p. 57-64.*